

Si tuvieras otra oportunidad, ¿qué cambiarías?
Vuelve LEVY. Te sorprenderá.

MARC LEVY

SI PUDIERA VOLVER ATRÁS



MARC LEVY

SI PUDIERA VOLVER ATRÁS

Traducción de
Isabel González-Gallarza

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Si c'était à refaire*

© Marc Levy / Susanna Lea Associates, 2012

© por la traducción, Isabel González-Gallarza, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

www.marcl Levy.info

Primera edición: mayo de 2014

Depósito legal: B. 6.985-2014

ISBN: 978-84-08-12813-7

ISBN: 978-2-221-11680-7, Éditions Robert Laffont, París, Francia, edición original

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Fundirse con la multitud, interpretar ese extraño drama sin que nadie se dé cuenta de nada ni recuerde nada.

Un chándal para pasar inadvertido. En River Park, a las siete de la mañana, todo el mundo corre. En una ciudad en la que a nadie le sobra tiempo y todos sufren de los nervios, la gente corre; corre para estar en forma, borrar los excesos del día anterior y mantener a raya el estrés del nuevo día.

Un banco: con un pie sobre el asiento, atarse la zapatilla mientras se espera a que el objetivo se acerque. La capucha bien bajada sobre la frente reduce el campo visual, pero permite ocultar el rostro. Aprovechar para recuperar el aliento, evitar que la mano tiemble. Qué importa el sudor; no llama la atención, no revela nada: aquí todo el mundo suda.

Cuando aparezca, hay que dejarlo pasar y esperar unos instantes antes de reanudar la carrera a zancadas cortas. Permanecer a una distancia prudente hasta el momento propicio.

La escena se repitió siete veces. Cada mañana de la semana, a la misma hora. La tentación de actuar fue más apremiante cada vez. Pero el éxito depende de una buena preparación. No hay margen de error.

Ahí está, baja por Charles Street, fiel a su rutina. Espera a que el semáforo se ponga en rojo para cruzar los cuatro primeros carriles

de West Side Highway. Los coches pasan a toda velocidad hacia el norte de la ciudad, la gente se dirige a su lugar de trabajo.

Ha llegado al cruce. El muñequito luminoso del semáforo ya está intermitente. Los coches avanzan muy juntos hacia TriBeCa y el distrito financiero, pero cruza de todos modos. Como siempre, responde a los bocinazos alzando el puño con el dedo corazón enhiesto; gira a la izquierda y sigue por el carril peatonal que bordea el río Hudson.

Recorrerá sus veinte manzanas habituales, entre otros que, como él, corren también; disfrutará adelantando a aquellos que no están tan en forma como él, y maldecirá a los que lo dejan atrás. No tienen ningún mérito, les saca diez o veinte años. Cuando tenía dieciocho, no se podía ni pisar esa zona de la ciudad, pero él formó parte de los primeros que fueron a correr por allí. Los muelles que antaño se erguían sobre pilotes y de los que apenas queda nada apestaban a pescado y a herrumbre. Flotaba un olor a sangre. Cómo ha cambiado su ciudad en veinte años, ha rejuvenecido, se ha vuelto más bonita; a él los años han empezado a marcarle el rostro.

Al otro lado del río, las luces de Hoboken se van apagando conforme nace el día, seguidas pronto de las de Jersey City.

No perderlo de vista; cuando llegue al cruce de Greenwich Street, abandonará el carril peatonal. Habrá que actuar antes. Esa mañana no llegará al Starbucks donde suele tomarse un *mocaccino*.

Cuando pase por el muelle 4, la sombra que lo sigue sin que él se dé cuenta lo habrá alcanzado.

Una manzana más. Acelerar, mezclarse con el grupo que se forma siempre en ese lugar porque la calle se estrecha y los más lentos molestan a los más rápidos. La larga aguja se desliza bajo la manga, la mano resuelta la sujeta con firmeza.

Golpear entre la parte alta del sacro y la última costilla. Un golpe seco, ida y vuelta en profundidad para perforar el riñón y subir

hasta la arteria abdominal. Al retirarse, la aguja dejará a su paso desgarros irreparables: para cuando alguien entienda lo que ha ocurrido, para cuando llegue la ambulancia, lo traslade al hospital y, desde ahí, pase a un quirófano, será demasiado tarde para él. A esa hora, la peor de la mañana, cuando el tráfico es tan denso que el conductor del autobús sólo puede maldecir de impotencia, no es fácil llegar al hospital.

Dos años antes quizá habría tenido una mínima oportunidad de salvarse. Desde que cerraron el hospital Saint Vincent para contentar a los promotores inmobiliarios, el centro de urgencias más cercano se encuentra en el este, en el extremo opuesto de River Park. La hemorragia será demasiado grande; para cuando llegue allí se habrá desangrado.

No sufrirá, no demasiado. Sólo sentirá frío, cada vez más frío. Tiritará, perderá poco a poco la sensibilidad en los miembros, le castañetearán tanto los dientes que no podrá ni hablar, y, total, ¿para decir qué? ¿Que ha sentido un violento mordisco en la espalda? ¡Vaya cosa! ¿Qué conclusión podría sacar de ello la policía?

Los crímenes perfectos existen. Hasta los mejores policías reconocen, al final de sus carreras, que arrastran como un fardo en la conciencia su cupo de casos sin resolver.

Ya ha llegado a su altura. Ha simulado el gesto una y mil veces sobre un saco de arena, pero la impresión es distinta cuando la aguja se clava en la carne humana. Lo importante es no dar en ningún hueso. Tropezar con una vértebra lumbar supondría fracasar en el empeño. La aguja debe clavarse y volver a salir enseguida.

Después, seguir corriendo a la misma velocidad, resistir el deseo de volverse, mantener el anonimato entre la multitud que corre, invisible.

Tantas horas de preparación para unos pocos segundos de acción.

Él tardará más en morir, probablemente un cuarto de hora, pero esa mañana, hacia las siete y media, fallecerá.

Mayo de 2011

Andrew Stilman es periodista en el *New York Times*. Entró como becario con veintitrés años y fue ascendiendo uno a uno todos los peldaños. Obtener un carnet de prensa de uno de los diarios más reputados del mundo era su sueño de juventud. Cada mañana, antes de franquear las puertas dobles del 860 de la Octava Avenida, Andrew se regala un pequeño placer: alza la cabeza, echa una ojeada a la inscripción que adorna la fachada y se dice que ahí está su despacho, en ese templo sacrosanto de la prensa en el que millones de chupatintas soñarían con entrar, aunque sólo fuera una vez, para visitarlo.

Pasó cuatro años en el Departamento de Documentación antes de conseguir un puesto de redactor adjunto en la «Agenda del día», sección necrológicas. La chica que lo había precedido en ese puesto había muerto arrollada por un autobús a la salida del trabajo y había pasado a protagonizar las columnas que ella misma redactaba. Tenía demasiada prisa por volver a su casa para recibir a un mensajero de UPS que debía entregarle un paquete de lencería fina que había comprado por Internet. ¡Las cosas de la vida!

Siguieron para Andrew Stilman cinco años más de laborioso trabajo en el más completo anonimato. Las necrológicas nunca llevan firma, el difunto del día acapara todos los honores. Cinco

años escribiendo sobre aquellos que fueron y ya no son sino un recuerdo, bueno o malo. Mil ochocientos veinticinco días, y cerca de seis mil dry martinis consumidos tarde tras tarde, entre las siete y media y las ocho y cuarto, en el bar del hotel Marriott, en la calle Cuarenta.

Tres aceitunas por copa y, con cada hueso que escupía en un cenicero lleno hasta rebosar de colillas, Andrew ahuyentaba de su memoria la crónica de una vida acabada cuyo resumen había redactado ese mismo día. Quizá el hecho de vivir en compañía de muertos empujara a Andrew a beber algo más de la cuenta. En su cuarto año en la sección de necrológicas, el barman del Marriott tenía que rellenarle seis veces la copa si quería saciar la sed de su fiel cliente. Andrew solía llegar a su despacho con la tez grisácea, los párpados pesados, el cuello de la camisa levantado y la chaqueta arrugada; pero el traje con corbata y la camisa almidonada no eran de rigor en los espacios diáfanos de las salas de redacción del periódico, y menos aún en aquélla en la que él trabajaba.

Quién sabe si fue por el efecto de su pluma elegante y precisa o por las consecuencias de un verano particularmente tórrido, pero el caso es que las columnas de Andrew pronto pasaron a ocupar dos páginas enteras. Durante la preparación de los resultados trimestrales, un analista del Departamento Financiero amante de las estadísticas reparó en que la facturación por difunto ascendía vertiginosamente. Los deudos reclamaban más líneas para dar fe de la magnitud de su dolor. Los números, cuando son buenos, viajan bastante rápido en el seno de las grandes empresas. En el consejo de dirección que se celebró a principios de otoño discutieron esos resultados y pensaron en recompensar al autor, que salió entonces del anonimato. Ascendieron a Andrew Stilman a redactor, siempre en las páginas de la «Agenda del día», pero esta vez en la sección de enlaces matrimoniales, cuyos resultados hasta entonces dejaban mucho que desear.

Andrew, a quien no le faltaban ideas, abandonó temporalmente el bar del que era cliente habitual para dejarse ver en los locales elegantes frecuentados por las distintas comunidades de homosexuales de la ciudad. Siguió bebiendo dry martinis, aunque ya no se molestaba en contarlos, y aprovechó para conocer gente y repartir a diestro y siniestro su tarjeta, explicando a todo el que quisiera escucharle que la sección de la que se encargaba acogía gustosa todos los anuncios de enlaces, incluidos aquellos de una índole que la mayoría de los demás periódicos se negaban a albergar entre sus páginas. El matrimonio homosexual aún no era legal en el estado de Nueva York y estaba muy lejos de serlo, pero la prensa era libre de mencionar todo intercambio de deseos voluntariamente consentidos en un marco privado; a fin de cuentas, lo que cuenta es la intención.

En tres meses, la «Agenda del día» se extendió hasta ocupar cuatro páginas en la edición dominical, y el salario de Andrew aumentó de manera más que considerable.

Decidió entonces reducir su consumo de alcohol, no en un afán por cuidarse el hígado, sino porque acababa de comprarse un Datsun 240Z, el coche con el que soñaba desde niño. La policía se había vuelto intransigente con la tasa de alcoholemia al volante. Beber o conducir... Andrew se decantó por lo segundo, locamente enamorado de aquel viejo coche que su mejor amigo, dueño de un taller especializado en automóviles de colección, había restaurado de forma impecable. Y aunque volvía a frecuentar el bar del Marriott, nunca se tomaba más de dos copas por noche, salvo los jueves.

Un jueves precisamente, cuatro años más tarde, al salir del bar del Marriott, Andrew se topó con Valérie Ramsay. Estaba tan borracha como él y era presa de una incontrolable risa floja; acababa de tropezar con un expendedor de periódicos y estaba sentada en el suelo en mitad de la acera.

Andrew reconoció enseguida a Valérie, pero no por sus rasgos —no se parecía en nada a la mujer a la que había conocido veinte años atrás— sino por su risa. Una risa inolvidable que hacía temblar su busto. Y los pechos de Valérie habían obsesionado a Andrew cuando era adolescente.

Se conocieron en el instituto. Valérie, expulsada del equipo de animadoras —esas *majorettes* vestidas con prendas sexis con los colores del equipo de fútbol local— por una estúpida pelea en los vestuarios con una chica demasiado arrogante para su gusto, había optado por entrar en el coro. Andrew, que padecía una atrofia de los cartílagos de las rodillas de la que no se operó hasta años más tarde, animado por una chica a la que le gustaba bailar, estaba dispensado de toda actividad física. También él, a falta de algo mejor que hacer, cantaba en ese coro.

Flirteó con ella hasta que se graduaron. No hubo sexo propiamente dicho, pero sí manos y lenguas lo bastante audaces como para divertirse en los bancos de la escuela del deseo, donde Andrew disfrutó plenamente de las formas generosas de Valérie.

A ella le debía su primer orgasmo provocado por mano ajena. Una tarde de partido en la que los dos tortolitos, escondidos en los vestuarios, se habían arrullado más que de costumbre, Valérie accedió por fin a deslizar la mano en la bragueta de Andrew. Fueron quince segundos de vértigo, seguidos de la risa de Valérie, que hizo temblar sus pechos y contribuyó a la prolongación de un placer fugaz. Una primera vez jamás se olvida.

—Valérie... —balbuceó Stilman.

—Ben... —contestó Valérie, igual de sorprendida.

En el instituto, todo el mundo lo llamaba Ben, imposible recordar por qué. Hacía veinte años que nadie lo llamaba así.

Para justificar su patético estado, Valérie dijo que volvía de una cena entre amigas como no había vivido ninguna desde sus años

de universidad. Andrew, que no estaba mejor que ella, le contó que estaba celebrando su ascenso, sin precisar que hacía dos años que lo había obtenido; pero ¿acaso prescribía el derecho a festejar las buenas noticias?

—¿Qué haces en Nueva York? —le preguntó Andrew.

—Vivo aquí —contestó Valérie mientras él la ayudaba a levantarse.

—¿Desde hace tiempo?

—Bastante, no me preguntes cuánto, ahora mismo no estoy como para ponerme a contar. ¿Qué es de tu vida, en qué trabajas?

—En lo que siempre he querido trabajar, ¿y tú?

—Veinte años de vida es una larga historia, ¿sabes? —contestó ella sacudiéndose el polvo de la falda.

—Nueve líneas —suspiró Andrew.

—¿Cómo que nueve líneas?

—Si me dejas, te resumo veinte años de vida en nueve líneas.

—Anda ya, qué tontería.

—¿Quieres apostar?

—Depende de lo que esté en juego.

—Una cena.

—Hay alguien en mi vida, Andrew —contestó Valérie inmediatamente.

—No te he propuesto una noche de hotel. Una sopa de *dumplings* en Joe's Shanghai... ¿Te siguen gustando tanto los *dumplings*?

—Sí.

—No tienes más que decirle a tu novio que soy una vieja amiga.

—Pero antes tienes que conseguir resumir mis últimos veinte años en nueve líneas.

Valérie miró a Andrew con esa sonrisita que tenía en la época en que todavía lo llamaban Ben, la misma con la que solía proponerle que se vieran en el cobertizo que había detrás del edificio de Ciencias; una sonrisita por la que no habían pasado los años.

—Vale —dijo—, una última copa y te cuento mi vida.

—En este bar no, que hay demasiado ruido.

—Ben, si tu intención es llevarme a tu casa esta noche, te equivocas de chica.

—Valérie, ni se me había pasado por la cabeza. Es sólo que, en el estado en que nos encontramos, comer algo no estaría de más. Porque, si no, me temo que nuestra apuesta no llegará a ningún lado.

Andrew tenía razón. Aunque sus zapatos de tacón se hubieran quedado anclados en la sucia acera de la calle Cuarenta desde que la había ayudado a levantarse, Valérie tenía la sensación de estar balanceándose en el puente de un barco. La idea de comer algo no le resultaba del todo desagradable. Andrew paró un taxi que pasaba y le indicó al conductor la dirección de un local nocturno que solía frecuentar en el SoHo. Un cuarto de hora después, Valérie tomó asiento frente a él y se puso a contarle su vida.

Había obtenido una beca de la Universidad de Indianápolis. De todas las facultades a las que había optado, fue la primera que aceptó su solicitud. De niña nunca había soñado con el Medio Oeste, pero no se había podido permitir el lujo de esperar respuesta de una universidad más prestigiosa; sin esa ayuda económica para estudiar, estaba condenada a acabar trabajando de camarera en un bar de Poughkeepsie, el pueblucho del norte del estado de Nueva York en el que ambos habían crecido.

Ocho años más tarde, con su diploma de Veterinaria en el bolsillo, Valérie abandonó Indiana y, como muchas jóvenes ambiciosas, se instaló en Manhattan.

—¿Hiciste toda la carrera de veterinaria en Indiana para acabar en Nueva York?

—¿Y por qué no? —contestó Valérie.

—¿Tu sueño era examinar los agujeros de bala de los caniches?

—¡Andrew, no seas idiota!

—No quería ofenderte, pero reconoce que Manhattan no es lo más exótico que hay en cuestión de animales. Aparte de los chuchos de las abuelitas del Upper East Side, ¿qué otros clientes tienes?

—En una ciudad con dos millones de solteros te sorprendería saber lo importantes que son los animales de compañía.

—Ah, ya veo, te ocupas también de los hámsteres, los gatitos y los peces de acuario.

—Soy veterinaria titular de la policía montada. Me ocupo de sus caballos, y también de los perros de la brigada canina, que, para tu información, no cuenta con ningún caniche, sólo labradores para la localización de cadáveres, unos cuantos pastores alemanes a punto de jubilarse, unos pocos retrievers especializados en detectar estupefacientes y otros tantos beagles que se ocupan de los explosivos.

Andrew enarcó las cejas una después de otra. Había aprendido ese truco en la carrera, cuando estudiaba periodismo. Eso siempre desconcertaba a su interlocutor. Cuando entrevistaba a alguien y dudaba de la sinceridad de un testimonio, empezaba su baile de cejas y calibraba, por la reacción de su «cliente», si éste le estaba mintiendo o no. Pero el rostro de Valérie siguió impasible.

—Por supuesto —dijo él estupefacto—, no me esperaba nada de esto. Pero, entonces, ¿eres policía o sólo veterinaria? O sea, quiero decir, ¿tienes placa de poli y llevas arma?

Valérie lo miró fijamente antes de echarse a reír.

—Veo que has madurado mucho desde la última vez que te vi, mi querido Ben.

—¿Me estabas vacilando?

—No, pero la cara que has puesto me ha recordado a cuando estábamos en el instituto.

—No me extraña que te hayas hecho veterinaria —prosiguió Andrew—. Siempre te han encantado los animales. Una noche me

llamaste a casa de mis padres suplicándome que me escapara para reunirme contigo de inmediato; yo pensé que era porque de repente sentías un deseo arrollador por mí, pero qué va, nada de eso. Me obligaste a cargar con un perro viejo y apestoso que se había roto una pata y que habías recogido en la calle al volver de clase. Fuimos a despertar al veterinario en plena noche.

—¿Todavía te acuerdas de eso, Andrew Stilman?

—Me acuerdo de todas nuestras historias, Valérie Ramsay. Y, ahora, ¿puedes contarme algo más sobre todo lo ocurrido entre la tarde que te esperé en vano en la puerta del cine de Poughkeepsie y esta noche en la que has vuelto a aparecer en mi vida?

—Aquella mañana encontré en el buzón la carta de admisión de la Facultad de Indianápolis y no fui capaz de esperar ni un día más. Hice la maleta, cogí los ahorros que había acumulado gracias a mis trabajos de verano y las horas de canguro, y aquella misma noche me fui de mi casa y de Poughkeepsie, feliz de no tener que presenciar nunca más las peleas conyugales de mis padres, que ni siquiera se dignaron acompañarme a la estación de autobuses, ¿te lo puedes creer? Y, como sólo puedes dedicarle nueve líneas a tu vieja amiga, te ahorraré los detalles de mi carrera universitaria. Cuando llegué a Nueva York fui de trabajo en trabajo en distintos consultorios veterinarios. Un día contesté a un anuncio de la policía y conseguí un puesto de suplente. Hace dos años que soy titular.

Andrew le pidió a una camarera que les sirviera dos cafés.

—Me gusta mucho que seas veterinaria de la policía. He redactado más necrológicas y anuncios de enlaces de los que te puedes imaginar, pero hasta ahora nunca me había topado con esta profesión. Ni siquiera imaginaba que existiera.

—Pues claro que existe.

—Te guardé rencor mucho tiempo, ¿sabes?

—¿Rencor? ¿Por qué?

—Por haberte marchado sin despedirte de mí.

—Eras el único a quien le había dicho que me marcharía en el mismo instante en que pudiera hacerlo.

—No me había tomado esa confidencia como un aviso. Ahora que lo dices, tiene sentido.

—¿Y todavía me guardas rencor? —se burló Valérie.

—Quizá debería, pero supongo que esas cosas prescriben.

—Y tú, ¿de verdad te has hecho periodista?

—¿Cómo lo sabes?

—Antes te he preguntado qué había sido de tu vida, en qué trabajabas, y me has contestado: «En lo que siempre he querido trabajar»... Y tú querías ser periodista.

—¿Recuerdas eso, Valérie Ramsay?

—Lo recuerdo todo, Andrew Stilman.

—Y entonces ¿hay alguien en tu vida?

—Es tarde —suspiró Valérie—, tengo que irme. Y si te cuento demasiado, nunca podrás resumirlo en nueve líneas.

Andrew sonrió con malicia.

—¿Quiere eso decir que estás de acuerdo en quedar a cenar en Joe's Shanghai?

—Si ganas la apuesta. Soy una mujer de palabra.

Caminaron en silencio por las calles desiertas del SoHo hasta la Sexta Avenida. Andrew cogió a Valérie del brazo para ayudarla a cruzar las calles de adoquines irregulares de ese viejo barrio de la ciudad.

Andrew paró un taxi que subía por la avenida, le abrió la puerta a Valérie y ella se acomodó en el asiento trasero.

—Ha sido una grata sorpresa volver a verte, Valérie Ramsay.

—Lo mismo digo, Ben.

—¿Adónde puedo enviarte mis nueve líneas?

Valérie rebuscó en su bolso, cogió su lápiz de ojos y le pidió a Andrew que le ofreciera la palma de la mano, donde le apuntó su número de teléfono.

—Si sólo son nueve líneas, deberías poder mandármelas por SMS. Buenas noches, Ben.

Andrew se quedó mirando el taxi, que se alejaba hacia el norte. Cuando lo perdió de vista siguió a pie hasta su apartamento, a quince minutos de allí. Necesitaba respirar aire fresco. Aunque había memorizado al primer vistazo el número escrito con kohl en la palma de su mano, Andrew tuvo mucho cuidado de no cerrarla en todo el trayecto hasta su casa.

Hacía tiempo que Andrew no resumía una vida en pocas líneas. Llevaba dos años trabajando en la sección «Actualidad internacional» del periódico. Le interesaban particularmente la vida y las costumbres en los diferentes países del mundo, y alimentaba una profunda curiosidad por todo lo relacionado con el extranjero.

Ahora que las pantallas de ordenador reemplazaban las máquinas de composición donde antaño trabajaban los linotipistas, todos los miembros de la redacción tenían acceso a los artículos que aparecerían en la edición del día siguiente. Mientras trabajaba en la sección de enlaces, más de una vez Andrew había advertido errores de análisis o verdades a medias en las páginas de actualidad internacional. Sus comentarios en los comités de redacción semanales que reunían a todos los periodistas habían evitado varias veces las rectificaciones que se debían publicar después de que los lectores escribieran para manifestar su descontento. Sus conocimientos no pasaron inadvertidos, y a Andrew no le resultó difícil elegir entre una prima a final de año o un nuevo puesto en el periódico.

La idea de tener que redactar una vez más una «crónica de vida», como le gustaba llamar a sus viejos escritos, le resultaba muy estimulante; sintió incluso una pizca de nostalgia al iniciar la de Valérie.

Dos horas y ocho líneas y media más tarde, tecleó su prosa en el teléfono y se la envió a la interesada.

Pasó el resto del día tratando, en vano, de escribir un artículo sobre la posibilidad de que el pueblo sirio se sublevara. Un hecho que sus colegas juzgaban más que improbable, por no decir imposible.

No conseguía concentrarse, su mirada iba de la pantalla del ordenador a la de su móvil, que permanecía desesperadamente mudo. Cuando se iluminó por fin a eso de las cinco de la tarde, Andrew se precipitó sobre el aparato. Falsa alarma, la tintorería le avisaba de que sus camisas estaban listas.

No recibió el SMS que esperaba hasta el día siguiente, hacia mediodía: «El jueves que viene, a las siete y media. Valérie».

Contestó enseguida: «¿Sabes la dirección?».

Y lamentó su precipitación al leer, unos segundos después, un «sí» de lo más lacónico.

Andrew reanudó su trabajo y no empinó el codo durante siete días seguidos. Ni una gota de alcohol. Bueno, siempre y cuando uno considere, como Andrew, que la cerveza no llega a ser una bebida alcohólica.

El miércoles pasó por la tintorería para recoger el traje que había dejado el día anterior y fue a comprarse una camisa blanca. Aprovechó para cortarse el pelo y la barba. Y, como todos los miércoles por la noche, quedó con Simon, su mejor amigo, hacia las nueve en una pequeña taberna de aspecto algo cutre pero que servía el mejor pescado de todo el West Village. Andrew vivía a dos pasos, y la cocina del Mary's Fish le apañaba la cena cuando salía tarde del periódico, lo que le ocurría con frecuencia. Mientras Simon, como siempre que quedaban, despotricaba de los republicanos, que impedían que el presidente emprendiera las reformas para las que lo habían elegido, Andrew, cuya mente estaba absorta en otras cosas, miraba por la ventana a los viandantes y a los turistas que paseaban por las calles de su barrio.

—Y aunque reconozco que puede sonar increíble, sé de buena tinta que, al parecer, Barak Obama se ha quedado prendado de Angela Merkel.

—Es bastante guapa —contestó Andrew distraídamente.

—¡O estás trabajando en un artículo que es una bomba, en cuyo caso te perdono, o has conocido a alguien, y en ese caso quiero que me lo cuentes todo inmediatamente! —exclamó Simon furioso.

—Ni una cosa ni la otra —contestó Andrew—. Lo siento, estoy cansado.

—¡A mí no me vengas con ésas! No te he visto con un afeitado tan apurado desde que salías con esa morena que te sacaba una cabeza. Sally, si la memoria no me falla.

—Sophie, pero no tiene importancia, ello demuestra lo mucho que me escuchas tú también cuando te hablo. ¡Cómo podría molestarme que te hayas olvidado de su nombre, si sólo estuvimos saliendo un año y medio!

—Era rematadamente aburrida, nunca la vi reír —prosiguió Simon.

—Porque tus chistes no le hacían gracia. Termínate lo que estás comiendo, quiero irme a la cama —suspiró Andrew.

—Si no me cuentas lo que te preocupa, pienso pedirme un postre tras otro hasta reventar.

Andrew miró a su amigo a los ojos.

—¿Hay alguna chica que haya marcado tu adolescencia? —le preguntó, indicándole a la camarera con un gesto que les llevara la cuenta.

—¡Sabía que no era el trabajo lo que te tenía así!

—No te creas, estoy ahora con algo indignante, una sórdida historia que le revolvería las tripas a cualquiera.

—¿De qué se trata?

—¡Secreto profesional!

Simon pagó la cuenta en efectivo y se levantó.

—Vamos a caminar un poco, necesito que me dé el aire.

Andrew cogió su gabardina del perchero y fue a reunirse con su amigo, que ya lo esperaba en la calle.

—Kathy Steinbeck —murmuró Simon.

—¿Kathy Steinbeck?

—La chica que marcó mi adolescencia, me lo has preguntado hace cinco minutos, ¿es que ya no te acuerdas?

—Nunca me habías hablado de ella.

—Nunca me habías hecho esta pregunta —replicó Simon.

—Valérie Ramsay —declaró Andrew.

—En realidad te trae sin cuidado saber por qué Kathy Steinbeck marcó mi vida cuando era joven. Sólo me has hecho esa pregunta para poder hablarme de tu Valérie.

Andrew cogió a Simon del hombro y lo arrastró unos metros. Tres peldaños bajaban al sótano de un pequeño edificio de ladrillos. Empujó la puerta de Fedora, un bar en el que en tiempos habían actuado jóvenes artistas como Count Basie, Nat King Cole, John Coltrane, Miles Davis, Billie Holiday o Sarah Vaughan.

—¿Te parece que soy un egocéntrico? —preguntó Andrew a su amigo.

Éste no contestó.

—Debes de tener razón. A fuerza de tirarme tantos años resumiendo las vidas de desconocidos, he acabado por creer que el único día en que se interesen por mí será cuando yo mismo aparezca en mis malditas columnas sobre fiambres.

Y, alzando su copa, Andrew se puso a declamar en voz alta:

—«Nacido en 1975, Andrew Stilman trabajó la mayor parte de su vida en el *New York Times*...». ¿Lo ves, Simon? Por eso los médicos no pueden curarse a sí mismos, les tiemblan las manos cuando se tienen que operar. Sin embargo, es el abecé del oficio, los calificativos han de reservarse al difunto. Vuelvo a empezar... «Nacido en 1975, Andrew Stilman colaboró numerosos años en el *New York Times*. Su fulgurante ascenso lo llevó a principios de la década

de 2020 a ocupar el puesto de redactor jefe del periódico. Bajo su batuta, el diario conoció un nuevo impulso y volvió a ser una de las publicaciones más respetadas del mundo...» Quizá esté exagerando un poco, ¿no?

—¡No irás a volver a empezar tu necrológica desde el principio!

—Ten paciencia, deja que acabe, luego me pongo con la tuya, verás cómo nos reímos.

—¿A qué edad piensas morir, para que sepa cuánto tiempo va a durar esta pesadilla?

—Pues con los progresos de la medicina, vete tú a saber... ¿Por dónde iba? Ah, sí, «gracias a su impulso, blablablá, el periódico recuperó su esplendor. En 2021, Andrew Stilman recibió el Premio Pulitzer por su artículo visionario sobre...». Bueno, ahora mismo no se me ocurre, pero ya te precisaré el tema más tarde. «Un tema que, por cierto, le dio pie a escribir su primer libro, que también recibió numerosos premios y que se estudia actualmente en todas las grandes universidades.»

—*Tratado de la modestia en los periodistas*, ése era el título de tu primer libro —se burló Simon—. ¿Y a qué edad te concedieron el Nobel?

—A los setenta y dos años, ahora te lo iba a contar... «Tras una exitosa carrera, abandonó su puesto de director general y se jubiló a la edad de setenta y un años, para recibir, al año siguiente...»

—«... Una orden de detención por homicidio voluntario, pues mató de aburrimiento a su mejor amigo.»

—No muestras mucha compasión conmigo.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

—Estoy pasando por una época extraña, mi querido Simon; la soledad me pesa, lo cual no es normal, pues nunca me gusta tanto la vida como cuando estoy soltero.

—¡Tienes ya casi cuarenta años!

—Muchas gracias, pero aún me quedan unos cuantos años an-

tes de alcanzar esa cifra. El ambiente en el periódico es irrespirable —prosiguió Andrew—, vivimos con una espada de Damocles sobre la cabeza. Sólo quería animarme un poco... Entonces ¿quién era esa Kathy Steinbeck?

—Mi profesora de Filosofía.

—Anda, nunca habría pensado que la chica que marcó tu adolescencia... no fuera una chica.

—La vida está mal hecha; cuando tenía veinte años, las mujeres que protagonizaban mis fantasías me sacaban quince años, y ahora que tengo treinta y siete, las únicas que me hacen volver la cabeza a su paso son las que tienen quince menos que yo.

—La que está mal hecha no es la vida, sino tu cabeza, chaval.

—Bueno, ¿qué? ¿Me vas a contar algo más sobre tu Valérie Ramsay?

—Me crucé con ella la semana pasada cuando salía del bar del Marriott.

—Entiendo.

—No, no entiendes nada de nada. Estaba loco por ella en el instituto. Cuando se marchó del pueblucho en el que vivíamos, sin despedirse de nadie, tardé años en olvidarla. Para serte sincero, me pregunto incluso si de verdad la he olvidado del todo.

—Y ahora que has vuelto a verla, ¿te has llevado una gran decepción?

—Al contrario. Algo ha cambiado en ella, y la hace aún más perturbadora.

—¿Se ha convertido en una mujer, algún día te explicaré en qué consiste eso! ¿Me estás diciendo que te has vuelto a enamorar de ella? ¡Andrew Stilman, fulminado por un flechazo en la calle Cuarenta, noticia bomba!

—Lo que te estoy diciendo es que estoy turbado y que hacía tiempo que no me pasaba algo así.

—¿Sabes cómo volver a contactar con ella?

—Mañana ceno con ella y tengo el mismo miedo que cuando era adolescente.

—Yo también seré sincero contigo y te diré que ese miedo no nos abandona nunca. Diez años después de que muriera mi madre, mi padre conoció a una mujer en un supermercado. Tenía entonces sesenta y ocho años, y la víspera de su primera cena con ella, tuve que llevarlo al centro. Quería comprarse a toda costa un traje nuevo. En el probador de la sastrería me repetía lo que le iba a decir durante la cena y me pedía mi opinión. Era patético. Moraleja: siempre perdemos los papeles ante una mujer que nos sobrecoge, da igual la edad que se tenga.

—Muchas gracias, esto que me dices me tranquiliza mucho para mi cita de mañana.

—Te lo digo para avisarte de que meterás la pata una vez tras otra, te dará la impresión de que le estás hablando de cosas sin interés, y probablemente sea cierto, y, al volver a casa, te maldecirás por haberte comportado de forma patética durante toda la velada.

—Sobre todo sigue animándome, Simon, es tan bueno tener amigos de verdad...

—Espera antes de refunfuñar. Sólo quiero ayudarte a que no te obsesiones. Mañana por la noche disfruta todo lo que puedas de ese momento que no esperabas. Sé tú mismo: si le gustas, le gustas.

—¿Tanto nos dominan las mujeres?

—No tienes más que mirar a nuestro alrededor, en este bar. Bueno, ya te volveré a hablar de mi profesora de Filosofía otro día. Comemos juntos el viernes, quiero el relato pormenorizado de ese reencuentro. Aunque, bueno, pensándolo bien, quizá un poco menos pormenorizado que tu necrológica.

El frescor de la noche los sorprendió a ambos cuando salieron de Fedora. Simon cogió un taxi, y Andrew volvió a pie a su casa.

El viernes Andrew le confió a Simon que la velada se había desarrollado tal y como él había previsto, o quizá incluso peor. Su conclusión fue que probablemente se había enamorado de Valérie Ramsay, algo nada práctico, pues, aunque no le había dado demasiados detalles al respecto, sí le había dicho varias veces que había un hombre en su vida. No lo llamó ni al día siguiente ni la semana siguiente. Y Andrew se deprimió. Pasó el sábado entero trabajando en el periódico y el domingo quedó con Simon para jugar al baloncesto en la esquina de la Sexta Avenida con West Houston. Intercambiaron numerosos pases, pero ni una palabra.

El domingo por la noche fue tan triste como puede serlo un domingo por la noche. Cenó comida china, que pidió por teléfono, mientras con el mando a distancia iba cambiando de canal. Pasó de una película que ya había visto a un partido de hockey y, después, a la típica serie de siempre en que unos científicos de la policía investigaban sórdidos asesinatos. Una noche lúgubre hasta que, hacia las nueve, la pantalla de su móvil se iluminó. No era un mensaje de Simon, sino de Valérie, que quería verlo lo antes posible porque necesitaba hablar con él.

Andrew respondió enseguida. Sin el más mínimo reparo le dijo que estaría encantado y le preguntó cuándo quería verlo.

«Ahora.» El SMS siguiente le indicaba el lugar del encuentro, en la esquina de la calle Novena con la Avenida A, frente a Tompkins Square, en el East Village.

Andrew se echó un vistazo en el espejo del salón. ¿Cuánto tardaría en recobrar la apariencia de un ser humano? El pantalón corto y el viejo polo que no se había quitado desde su partido de baloncesto con Simon no eran muy presentables, y una buena ducha no habría estado de más. Pero había percibido en el mensaje de Valérie un tono apremiante que lo angustiaba. Se puso unos va-

queros y una camisa limpia, cogió sus llaves y bajó precipitadamente las tres plantas que lo separaban de la calle.

El barrio estaba desierto, no había un alma y mucho menos un taxi. Echó a correr hacia la Séptima Avenida, vio uno parado en el semáforo en la esquina con Charles Street y lo alcanzó justo antes de que se volviera a poner en marcha. Le prometió una generosa propina al conductor si lo llevaba a su destino en menos de diez minutos.

Zarandeado de un lado a otro en el asiento trasero, Andrew se arrepintió de su promesa, pero llegó antes de lo previsto, y el taxista cobró una cantidad nada desdeñable.

Valérie lo esperaba ante la puerta cerrada de un café, el Pick Me Up, lo que le provocó una sonrisa. Sin embargo, se le borró de la cara cuando vio que Valérie tenía una expresión muy abatida.

Se acercó a ella, y la chica le propinó una sonora bofetada.

—¿Me has hecho cruzar la ciudad para darme una torta? —preguntó frotándose la mejilla—. ¿Qué he hecho para merecer tantas atenciones?

—Mi vida era casi perfecta hasta que me crucé contigo a la salida de ese maldito bar, y ahora estoy totalmente perdida.

Andrew, que sintió que lo embargaba una oleada de calor, se dijo que acababa de recibir la bofetada más deliciosa de toda su vida.

—No te voy a devolver el gesto, un caballero no hace esa clase de cosas, pero lo mismo podría reprocharte yo a ti —le dijo en voz baja sin apartar la mirada de ella—. Acabo de pasar dos semanas de lo más deprimentes.

—Hace quince días que no dejo de pensar en ti, Andrew Stilman.

—Cuando abandonaste Poughkeepsie, Valérie Ramsay, pensé en ti día y noche, durante tres años... Bueno, cuatro en realidad, quizá más incluso.

—Eran otros tiempos. No te hablo de cuando éramos adolescentes, sino de ahora.

—Ahora es igual, Valérie. No ha cambiado nada, ni tú ni cómo me siento al volver a verte.

—Dices eso, pero a lo mejor sólo quieres vengarte de lo que te hice pasar.

—No sé de dónde sacas unas ideas tan retorcidas. Si piensas así, quizá tu vida no sea tan perfecta como dices.

Y antes de que Andrew entendiera lo que le estaba pasando, Valérie le rodeó el cuello con los brazos y lo besó. Primero fue un beso tímido que apenas rozó sus labios, pero después Valérie se volvió más audaz. Interrumpió su abrazo y lo miró con los ojos empañados.

—Lo llevo claro —dijo.

—Valérie, por más que lo intento, no entiendo nada de lo que me dices.

Ella volvió a acercarse a él, lo besó más apasionadamente todavía y de nuevo lo apartó de sí.

—Todo está jodido.

—Pero ¡deja ya de decir esas cosas, maldita sea!

—Lo único que aún podía salvarme era que este beso fuera...

—¿Fuera qué? —preguntó Andrew. Le latía el corazón como cuando se encontraba con ella después de clase.

—Andrew Stilman, te deseo a más no poder.

—Lo siento, pero la primera noche no. Es una cuestión de principios —le contestó sonriendo.

Valérie lo golpeó flojito en el hombro y, mientras Andrew seguía sonriéndole feliz, tomó la mano de él entre las suyas.

—¿Qué vamos a hacer, Ben?

—Vamos a recorrer un trecho juntos, Valérie, un trecho y algo más... si no vuelves a llamarme Ben.